

LA LENGUA DE ROMA

SU UNIVERSALIDAD

EL LATIN, ELEMENTO UNIFICADOR DE DOS CIVILIZACIONES ¹

Es un hecho innegable, que aquella misión universal que Plinio (*Hist.* 111, 6, 2) atribuía al lenguaje de Roma, el cual «*tot populorum discordes ferasque linguas sermonis commercio contraxit*», no terminó con la caída del Imperio Romano, ya que la Iglesia, haciendo suya la lengua del Lacio e infundiéndole su perenne vitalidad, unificadora y pacificante, se sirve de ella para evangelizar a los pueblos y crear una nueva civilización cristiana.

Con razón, pues, se pudo decir que por dos veces esta lengua

¹ El presente artículo de Monseñor Antonio Bacci, secretario de Su Santidad para los «Breves a los Príncipes», es decir, para los documentos solemnes escritos en latín, se publicó en *Roma Nobilis*, con el título de *L'Idea, la Missione, le Memorie, il Destino di Roma*, en un volumen de amplia y valiosa colaboración, editado por la Sociedad «Edas» (*Edizioni Arte e Scienza*), que se halla de venta en la Librería editorial Vaticana (Roma, 1953, págs. 184-194). Posteriormente la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades lo incorporó al fascículo que con el título de «Il Latino lingua viva nella Chiesa», editó en 1957 y distribuyó a todos los Obispos del mundo. Autorizados por dicha Sagrada Congregación, publicamos hoy en «HELMANTICA» la traducción española de este instructivo y magistral artículo.

maravillosa ha sabido unir y cimentar los pueblos con una civilización superior.

La primera vez, cuando las legiones romanas, marchando hacia los confines del mundo, edificaron aquel imperio, que según Cicerón «*patrocinium orbis terrae, verius quam imperium poterat nominari*» (*De Off.* 11, 8).

La segunda, cuando abatido el dominio secular de la Urbe por la horda bárbara y por la corrupción profunda de la civilización pagana, el pensamiento, la doctrina y el idioma de Roma, hechos cristianos, fueron predicados por donde quiera que hubiese monjes, misioneros y obispos, enviados por el Romano Pontífice a través de las vías consulares, como heraldos pacíficos de la verdad, a los Galos, Germanos, Bátavos, Frisones, moradores de Bretaña, y, en fin, a los pueblos desconocidos de Eslavonia y de Tartaria; de modo que se podía decir de Roma que «*quidquid non possidet armis, religione tenet*»².

En aquel inmenso naufragio de los pueblos, como el ingenio y la religión no quedaron completamente inmersos, así tampoco quedó la lengua de la Urbe.

Callaron los cónsules, los emperadores, los legionarios; mas hablaron abiertamente, sobre las ruinas inmensas y la marea tumultuosa, los Papas, los Obispos, los nuevos apóstoles de las Gentes. La lengua del Lacio, transformada lentamente, continuó resonando en el mundo uniendo a los pueblos, renovados bajo el influjo de la Iglesia.

Los Apologetas y Padres Occidentales, escribiendo en latín, infundieron un aliento de vida nueva a aquella antigua lengua que, al derrumbarse el Imperio Romano, necesariamente decaía y se deformaba; y así, en Tertuliano, Cipriano, Jerónimo, Ambrosio, León Magno, hay páginas dignas de compararse con los escritores latinos de la época áurea.

Poco después, los Doctores de la Iglesia y los filósofos, especialmente los escolásticos, crearon un latín, decadente, sí, en la forma literaria y en el léxico, pero más ágil, más flexible, más

² PROSPERO DE AQUITANIA, *Carmen de ingratis*, vv. 41-42: MIGNE, *PL* 51, 97.

unido al pensamiento nuevo, extraído del fermento evangélico y madurado en la larga meditación de los monasterios.

Del mismo modo, las *Studiorum Universitates*, en cualquier parte que surgiesen, hablaron, escribieron y educaron en latín. Toda la vida de la Iglesia se desarrolla, se manifiesta, y, poco a poco, se va extendiendo y dilatando, sirviéndose de este idioma como de un noble instrumento para unirse a los pueblos en la nueva *Civitas gentium*.

El latín, pues, no estaba muerto, no podía morir porque estaba llamado a participar de la misma vitalidad perenne de la Iglesia Católica.

Más tarde, al agudizarse el sentimiento de nacionalidad, con la formación y perfeccionamiento del idioma romance, con la escisión del cisma y de la herejía, que dividieron entre sí y separaron de Roma a muchos pueblos de Europa, y por fin, con el progresivo y grandioso desarrollo de la ciencia experimental, el latín va perdiendo lentamente su difusión y pujanza; de manera que se puede decir que en nuestros días esta lengua permanece como escondida en el ámbito cerrado de la escuela, tormento de los estudiantes, y solaz solamente de un pequeño grupo de estudiosos y de especialistas.

Este alejarse del latín de la vida moderna, este dejar de ser el vehículo universal del pensamiento de los científicos, fue sin duda, un gravísimo daño para la difusión de la cultura, lo cual ha cerrado o ha hecho muy difícil el acceso a los varios pueblos divididos lingüísticamente.

Pareció así pulverizarse para siempre aquella providencial unión cultural y lingüística que fundaba una unidad superior e intelectual entre los diversos pueblos. La universalidad del latín habría podido también resolver tantos problemas en la ruidosa vida moderna, como los había resuelto en el pasado.

Sin embargo, a pesar de esta grave crisis, la Iglesia —sociedad supranacional y universal— aceptando y favoreciendo la formación y el desarrollo del idioma particular de cada nación, no renunció a la vetusta lengua del Lacio, que fue y es en cada momento su lengua viva y oficial, por medio de la cual el centro de la catolicidad, se comunica con las partes, aun las más lejanas, de toda la gran familia humana.

Mas también fuera de la Iglesia se ha continuado el deseo ardiente de tener una lengua única, que en el múltiple fraccionarse del idioma moderno, uniera los varios pueblos en sus relaciones culturales, morales y científicas. Algunos han buscado la solución del difícil problema en hacer prevalecer una lengua nacional sobre otra, por ser más apta al fin, más difundida, más flexible, más fácil de aprender. Pero los antagonismos de las varias naciones y la natural preferencia de cada uno por su propio idioma, han obstaculizado y obstaculizarán siempre la realización de este intento.

Hoy es imposible, como lo será mañana, que una lengua nacional domine sobre todas. Con el fin de evitar este antagonismo, otros han pensado en una nueva lengua artificial que, en su manera de ver, debiera llegar a ser la verdadera lengua internacional de los pueblos. Han construido varias lenguas artificiales, entre las que cito el *Volapük*, compuesta hacia el año 1870 por el célebre políglota Schleyrer, cura de Lichtenstein. El *Esperanto*, debido a un médico de Varsovia, el doctor Zamenhof, quien la dió a conocer hacia el 1887 bajo ese pseudónimo; finalmente, la *Interlingua*, o el Latín sin flexión, es otra tentativa semejante. Sin embargo, ninguna de estas lenguas ficticias, no obstante el laudable deseo y la buena voluntad de sus fundadores y secuaces, ha logrado obtener aquel asentimiento universal y aquel resultado práctico que algunos esperaban.

Otros, finalmente, han defendido en todo tiempo la causa del latín, buscando del mejor modo posible, restituirlo a su insustituible oficio de lengua docta para las relaciones internacionales entre las personas instruidas, y demostrando teórica y prácticamente que puede servir todavía para expresar el pensamiento moderno y, al mismo tiempo, ser acogida por todos sin ninguna susceptibilidad de nacionalismo, y ser comprendida hoy, como lo fue en el pasado, por toda persona culta.

El problema es arduo, ciertamente, pero no imposible; y yo creo que la solución no se podrá encontrar, sino caminando decididamente por la senda seguida por estos últimos.

COMO PUEDE CONSERVARSE LA UNIVERSALIDAD EN LATIN

Es necesario entenderlo bien.

¿Puede la lengua clásica de Cicerón, Tito Livio y Virgilio, ser aún remozada y difundida, de manera que la persona culta, fácilmente la pueda escribir y hablar, y la persona de mediana o superior instrucción la pueda entender correctamente? Ciertamente que no. Demasiado pocos serían aquellos que hoy pudiesen desarrollar su pensamiento con la armoniosidad de la prosa ciceroniana, o en el periodo rápido e incisivo de César; pocos, demasiado pocos, aquellos que pudiesen fácilmente entenderla.

La solución, pues, bajo este punto de vista, chocaría con la dificultad insuperable, e imposibilidad de llevarla a la práctica. ¿Cómo resolver entonces la «vexata quaestio»? Acudiendo a aquel latín que no ha venido a menos entre los pueblos de ciudadanía cristiana y que tiene el honor de ser en todo momento la lengua viva y oficial de la Iglesia.

Es necesario, en efecto, distinguir un latín de otro. Uno es, ante todo, el latín clásico que nació en Roma, floreció en el cenit de la República y del Imperio, y decayó con la ruina de éste.

El otro es el latín perenne de los sabios que, después que cayó el clásico, fue levantado por las personas inteligentes y enriquecido con un nuevo vocabulario, con una nueva forma; el cual, aún perdiendo mucho de su belleza literaria, ha resultado el instrumento más rico, más dúctil, más fiel para expresar los múltiples aspectos del pensamiento cristiano y de la filosofía, y también de la ciencia y de la vida moderna.

El primero es una lengua maravillosa, pero muerta; el segundo, aunque no guarde la antigua pulcritud, es sin embargo una lengua perenne y progresiva, gracias al uso de la Iglesia y del mundo de los sabios.

El primero dió al mundo la civilización romana, el Derecho de Gentes; el segundo, ha difundido y afianzado la civilización cristiana, ha confraternizado a los pueblos en la luz del Evangelio y ha producido los primeros destellos del saber humano.

Nació con los escritores de la Iglesia occidental, en cuyas

páginas destaca una belleza nueva. Lo propagan los monjes, silenciosos y trabajadores, y los misioneros de la Edad Media que lo supieron expandir hasta pueblos muy lejanos, como heraldos de la verdad, de la fraternidad universal y de las virtudes sociales y cristianas. Se va técnicamente perfeccionando con el sutil y flexible lenguaje de los escolásticos. Se robustece gallardamente con la obra de los humanistas y epigrafistas y también de nuestros historiadores y científicos, hasta el final del siglo XVIII, y más allá, ya que no faltaron nunca, sobre todo entre los amantes de la medicina, valerosos defensores del latín, como instrumento de comunicación científica, continuadores de la noble tradición de Muratori, Malpighi, Lancisi y Morgagni, que supieron expresar, de una manera digna de la antigua lengua del Lacio, los hallazgos de su ingenio y de su experiencia.

Es por lo general, un latín sin demasiadas pretensiones literarias y clásicas: claro, sencillo, dúctil, acomodado al pensamiento, sin brusquedades ni saltos. Del antiguo latín conserva la morfología y lo general de la sintaxis; de las lenguas modernas ha tomado la soltura, la riqueza de nuevos y necesarios términos, la facilidad del período y la fluidez del razonamiento. De cuando en cuando, parece ser un latín bárbaro, pues que no se fija en el purismo de los clásicos y no imita la amplia armoniosidad del *cursus* y la elegancia de la *concinntas*. Mas su flexibilidad y su mayor correspondencia con nuestro modo de pensar, con su cualidad de lengua madre, y su aptitud para ser fácilmente entendido por toda persona culta, puede obtener aquel resultado que ninguna de las lenguas nacionales puede pretender y mucho menos alcanzar.

Así se logró en la Edad Media con el maravilloso florecer de los doctores de la Iglesia y de los filósofos escolásticos; así se logró en el resurgir del Humanismo, cuando grandes escritores de Rotterdam, París, Padua, Bolonia, Roma, supieron dar a aquella antigua lengua del Lacio, un nuevo hálito de vida; así se ha continuado en los primeros tiempos de la Edad Moderna en la que no faltaron los audaces defensores de la latinidad, como instrumento universal de la cultura y del saber.

¿Por qué, pues, no se puede tratar hoy de dar al latín «perenne» que la Iglesia y los sabios han modelado y enriquecido

con nuevos términos, el honor de ser la lengua universal entre la gente culta?

Cierto que las dificultades han llegado a ser hoy mayores. Es necesario empalmar de nuevo una tradición interrumpida desde hace casi dos siglos. Es necesario enriquecer el vocabulario que se ha paralizado tanto tiempo ha, con aquellas palabras nuevas que, modeladas con ingeniosa y breve paráfrasis, según el genio del antiguo latín, o derivadas con prudente cautela del griego, según el precepto horaciano, son indispensables para infundir un nuevo fermento de vida a este glorioso idioma y darle la aptitud para expresar las intrincadas y múltiples actitudes del pensamiento moderno y de los continuos descubrimientos. Es necesaria la unión de voluntades y la cooperación de los sabios de todas las naciones, y sobre todo, es necesario restituir a la enseñanza del latín, aquella importancia básica que debe tener en la formación cultural de los jóvenes.

Mas si se quiere en realidad solucionar el arduo problema de ofrecer nuevamente al mundo dividido una lengua madre que sea para los doctos un valioso instrumento de comunicación en sus mutuas relaciones intelectuales, culturales y científicas, no podrá lograrse sino aceptando aquel latín «perenne» que se ha ido aligerando y enriqueciendo a través de los siglos, y del que tantas palabras hay en todas las lenguas modernas.

EL EJEMPLO DE LA IGLESIA

Con esto, estamos muy lejos de defender que se deba descuidar, especialmente en las escuelas, el latín clásico; antes bien, debe volver a tener aquella primacía que un día tenía, en la cultura literaria y en la formación de las mentes juveniles.

Mas por amor del clásico, no se puede ni se debe ignorar o despreciar aquel latín perenne, que ha nacido de éste, que tantos servicios ha ofrecido a la cultura moderna, y tantos le puede dar aún cuando sea nuevamente llamado a ofrecer al mundo, lingüísticamente dividido, un nuevo lazo de unión y de mutuo intercambio.

Miremos el ejemplo de la Iglesia. Ella no sólo ha favorecido

siempre y ha estimulado el estudio del latín, y lo ha proclamado lengua universal, «*quam dicere catholicam vere possumus*»,³ mas lo ha adoptado también, como lengua oficial y lo usa hoy, como lo usó en los siglos pasados para transmitir sus enseñanzas, sus mandatos, sus saludables amonestaciones a todo el orbe católico.

La Iglesia, en efecto, ayer como hoy, enseña en latín; da leyes en latín en la Curia Romana, en los Concilios, en los Sínodos; juzga en sus tribunales en latín; ora en latín en sus Iglesias. Los documentos del Romano Pontífice, como las Encíclicas, Bulas, Breves, Motu Proprio, etc., van escritos ordinariamente en la antigua lengua de Roma.

Y no se diga que estos documentos se refieren a un mundo viejo y están faltos de la vida y del pensamiento moderno.

El que lee *Acta Apostolicae Sedis*, órgano oficial de la Santa Sede, se persuade fácilmente de lo contrario. Ninguna de las grandes cuestiones que agitan al mundo de hoy, está ausente en aquellas páginas, ya que todas, directa o indirectamente, tienen relación con los grandes problemas religioso-morales que son la base de la vida humana.

La filosofía lo mismo que la teología, la política igual que la sociología, la ética como la pedagogía, han sido examinadas a la luz tranquila y penetrante del Evangelio. No hace muchos años, por ejemplo, una Encíclica de Pío XI, «*Vigilanti cura*»⁴, ha examinado expresamente el problema del cine, y no ha tenido dificultad ninguna para expresar, en el antiguo idioma del Lacio, asuntos y conceptos típicamente modernos.

Más recientemente se han dado normas y directrices atinadas para una ciencia todavía casi desconocida: la Radiestesia⁵.

Además las Congregaciones Romanas que son los grandes

³ Cfr. *Acta Ap. Sedis*, 1922, p. 453.

⁴ Cf. *Acta Ap. Sedis*, 1936, p. 249 ss.

⁵ Cf. *Acta Ap. Sedis*, 1942, p. 148. Recientemente aún ha sido publicada una amplia y docta Encíclica del llorado Pío XII, la «*Miranda prorsus*» (8 septiembre, 1957), en la que se dan normas e indicaciones precisas, no sólo acerca del cine, sino también acerca de la Radio y la Televisión. Cf. *Acta Ap. Sedis*, 49 (1957), 765-805.

Dicasterios de la Iglesia, escriben ordinariamente en Latín, y sus preceptos son comprendidos y cumplidos en todas las partes del mundo.

El Código de la Iglesia Occidental está compuesto en latín y en la misma lengua está compuesto también el Código de la Iglesia Oriental.

En las Universidades eclesiásticas de Roma, como en cualquier otra que haya en cualquier otra ciudad de Europa, Asia o América, se enseña, por lo general, en latín; los libros escolásticos que en ellas se usan, están escritos en latín y también *L'Osservatore Romano*, publica frecuentemente importantes documentos escritos en la antigua lengua de Roma.

Un ejemplo típico que demuestra de un modo evidente la universalidad del latín y su uso de lengua viva en la Iglesia, se dió en junio de 1939, cuando en el amplio patio de San Dámaso, en el Vaticano, el Papa actual habló a varios millares de alumnos del Instituto eclesiástico de Roma, que representaban todas o casi todas las Naciones del mundo. El Papa apareció en medio de ellos y les habló en la antigua lengua de la Urbe; la lengua de Cicerón, reavivada y rejuvenecida con el pensamiento cristiano, resonó de nuevo bajo el cielo de Roma, testimonio vivo de una tradición que no ha muerto ni morirá jamás en la Iglesia, y que renueva en cierta manera el milagro de Pentecostés ⁶.

Si en la Iglesia Católica el latín es aún, después de tantos siglos y de tantos cambios, la lengua oficial que une, en el ejercicio vivo y vital de su magisterio supremo, tantos pueblos y tantas gentes diseminadas por la tierra, ¿por qué, pues, no podrá ser nuevamente, en la gran unidad del pensamiento y de la cultura humana, el instrumento universal de comunicación entre los sabios?

Si la Iglesia ha superado y supera en todo momento la dificultad que supone esta solución ¿por qué no podrá superarla también la gran familia de los intelectuales de todas las naciones? Los hechos son los más robustos argumentos y estos, no

⁶ Cf. *Acta Ap. Sedis*, 1939, p. 245 ss.

sólo demuestran que la solución es posible, sino que también marcan el camino que hay que seguir, y este camino es el que ha seguido y sigue la Iglesia.

En la cuestión del latín, como en cualquier otra cuestión, se mueve por un criterio superior y universal; acepta ante todo y favorece con todos los medios posibles, el latín clásico, que es la verdadera lengua literaria y la que ha unido las más nobles y fecundas tradiciones. Mas no quiere ignorar, ni mucho menos rechazar, el latín cristiano de los Padres, y aquel latín perenne que los doctos han ido formando a través de los siglos, al contacto de las nuevas necesidades y ante los nuevos descubrimientos del pensamiento humano.

Diría, pues, que este criterio de universalidad, también en la cuestión del latín, es el motivo por el cual no ha muerto nunca su uso en la Iglesia. En efecto, si la Iglesia estuviese encerrada en la «torre de marfil» del latín ciceroniano, excluyendo de su uso aquel latín más fácil, ligero, accesible, que los Padres, los escritores eclesiásticos y más tarde los sabios, han plasmado, adaptando el antiguo idioma a los nuevos tiempos, difícilmente habría podido conservar el uso vivo de esta lengua en toda su amplitud.

Creo, pues, sencillamente, que aquí está el secreto por qué la Iglesia ha podido mantener el uso vivo de este idioma universal. Ella lo ha acogido y acoge el latín en toda su historia multiforme y gloriosa y no lo ha rechazado ni ignorado en ninguna de sus manifestaciones; y según la variedad de las circunstancias, de las necesidades y de la condición de las personas, ha usado y usa aquel latín que es más apto al fin y a la capacidad de aquellos a los que se dirige.

Y no se diga que la Iglesia ha barbarizado y corrompido la maravillosa lengua de Virgilio y de Horacio. La Iglesia ha impedido más bien, con su cooperación y sus obras, que el latín decadente cayese del todo en el vacío y en la muerte, como todas las cosas humanas; por eso ha sucedido —caso verdaderamente único en la historia— que entre todos los antiguos idiomas, solamente el latín no haya muerto, sino que ha permanecido vivo en el uso diario de la gran sociedad supranacional que es la Iglesia Católica.

DIFICULTADES POR SUPERAR

Ciertamente, para que este ejemplo pueda realizarse también en el amplio ámbito de las relaciones cívicas, intelectuales y científicas del mundo culto, es necesario superar dificultades mucho mayores.

La principal dificultad, que a algunos les parece infranqueable, es que hoy el latín se sabe menos, mucho menos que en el pasado. Nuestros jóvenes estudian con mucho más gusto las lenguas modernas que, bajo el aspecto de utilidad, se prestan mejor a las necesidades y a las directrices de nuestro tiempo.

Y así se suprime, o al menos se atenúa, en la formación intelectual, aquel fundamento sólido y profundo de la cultura clásica que templó los ingenios, que nos ensancha la visión y que representa una necesaria y lógica unión entre el pasado y el presente. Es verdad que también en nuestros días se estudia esta lengua en las escuelas, pero también yo diría que se estudia con muchos de los prejuicios de escuela... Pues, ordinariamente, no es el latín lo que se estudia, sino la erudición latina, la cultura latina, la crítica de textos, la historia de los autores... Y el pobre estudiante, sale de la clase con la cabeza embotada de reglas, de datos históricos, de teorías filosóficas. Mas si se debe formular un período en la armoniosa lengua de Cicerón y de Tito Livio, se halla uno cogido como la mosca en la tela de araña; y no sólo el estudiante, sino que tal vez muchos de los profesores se encuentren en las mismas condiciones.

Para que el latín pueda volver a ser la lengua universal entre personas cultas, será necesario volver al antiguo; y lo antiguo, en este caso, es un verdadero progreso.

Será necesario, por tanto, incrementar el estudio del latín, no como algo muerto, como un objeto de museo, o como flor seca de un herbario, sino como un instrumento vivo y práctico de cultura que puede y debe todavía servir para expresar los múltiples aspectos del pensamiento y de la vida modernos.

Escribir en latín; hablar en latín, pues «*lingua loquendo discitur*»; enriquecer esta vetusta lengua con todos los términos que son necesarios para el uso de hoy; y no contentarse so-

lamente con un comentario teórico de los clásicos. Sólo de esta forma el antiguo idioma de Roma, reavivado más y más, en la mente del profesor y de los alumnos podrá reemprender su elevada misión, que ha desempeñado por tantos siglos, de ser la lengua madre de los pueblos y el trámite común del pensamiento entre los doctos.

Sólo así podrán alcanzar actualidad, aún fuera del mundo eclesiástico, aquellas palabras que el 30 de enero de 1949, Pío XII recordaba a 7.000 estudiantes de Enseñanza Media y Superior de Roma, reunidos en la sala de la Bendición, palabras en las que se reafirmaba solemnemente la perenne vitalidad del latín, llave que abre la fuente de la historia y del saber, lazo de unión entre los pueblos.

RESTAURAR UNA DE LAS GLORIAS MAS PURAS DE ROMA

Hay algo más aún. Dando nueva vida al latín, no sólo se logra prestigiar la única lengua que llegó a ser, aun en el mundo de los sabios, vehículo común del pensamiento y de la cultura, sino que se restaura del mismo modo una de las más puras glorias de Roma; de la Roma de los Emperadores, y también de la Roma de los Papas.

Se ha dicho que el antiguo idioma del Lacio es el más armonioso, el más fácil de entender, el más lógico. Y es verdad. Tiene la armoniosidad amplia, augusta, sonora del orador de Arpino; la incisiva y lapidaria de César; la mesura y placidez de Tito Livio. Tiene el vigor del concepto que lo hace digno y eficaz instrumento para dominar el mundo; tiene, por fin, aquella trabazón orgánica que lo asemeja a la malla férrea de un legionario; y aquel desenvolverse ceñido y lógico que facilita el ropaje más ajustado, preciso y noble al Derecho Romano, fuente primaria y modelo del Derecho de Gentes.

Las tres cualidades —armonía, precisión y lógica—, el latín no las ha perdido jamás, porque forman su misma medula y su carácter indeleble.

Y aún diría más: remozado y rejuvenecido por el pensamiento cristiano, éste le añadió una nueva y maravillosa ener-

gia. Ciertamente que, como lengua literaria, tenía, como es natural, que decaer; mas en las páginas latinas de los Apologistas cristianos hay una armonía nueva, impetuosa, irresistible; hay un vigor de conceptos que rejuvenece la vetusta lengua con una nueva forma y que casi cincela una nueva frase, necesaria para expresar la nueva doctrina. Hay una lógica mordiente, que urge al adversario, lo desarma y lo convence. Y en las obras de los grandes Padres de la Iglesia Occidental, el pensamiento de Roma, que se ha hecho cristiano, alcanza un vuelo más amplio que llega a toda las gentes, cultas e incultas, a toda filosofía antigua y nueva, y que abraza todo y a todos, corrigiendo purificando, santificando, en una síntesis armoniosa de pensamiento y de acción.

El latín cristiano, se levanta a una altura de contenido que ni los antiguos oradores, poetas, filósofos y retóricos, no podían ni comprender; y, enriquecida con los nuevos términos necesarios para los nuevos conceptos que ha de expresar, llega a ser un instrumento noble, preciso, augusto de la gran verdad que Jesucristo había traído a la tierra y que el Romano Pontífice, su representante, divulga con el lenguaje de Roma a todas las Gentes, hermanándolas en la caridad.

Este idioma, por lo general, no tendrá el esplendor literario del clásico antiguo, pero tendrá un más profundo aliento de vida, una mayor efusión de íntima sinceridad y una mayor correspondencia entre el pensamiento y la acción, entre la enseñanza y la práctica de las costumbres.

Leyendo algunas páginas de S. Cipriano, se recuerda la forma florida y sentenciosa de Séneca; leyendo otras concisas y martilleantes de S. Jerónimo, viene a la mente el estilo rápido y conciso de Tácito; mas se notará que en uno y otro hay un hábito de vida nueva; como se notará también leyendo las solemnes Homilias de León Magno, que Roma ha heredado y consagrado en Cristo la grandeza de los Césares; y recorriendo las obras de S. Ambrosio, de S. Agustín, de S. Gregorio Magno, la mente se sumerge en una profundidad íntima de pensamiento y de afecto, ante la cual palidece la sabiduría de los antiguos escritores paganos.

El que ignore todo esto, no podrá decir que conoce el latín

en su maravillosa complejidad, porque esta lengua, después de haber sido injertada en el Cristianismo, ha tenido un nuevo y fecundo retoño de vida, y ha producido frutos, que si en la forma exterior no tienen el aureo colorido de los primeros, tienen sin embargo una substancia vital inmensamente superior.

También bajo este aspecto, la Iglesia es Maestra. Ella quiere, como lo hemos dicho ya, que se estudie y se restaure el latín, sin limitarlo a una época, en toda su multiforme y gloriosa historia.

Muchas veces los Romanos Pontífices han dado directrices seguras a este fin; mas de un modo particular me place recordar un documento solemne que Pío XI dirigió en 1922 al Prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades: la carta apostólica *Officiorum omnium*⁷. En ella el Pontífice se dirige a los alumnos del Santuario, recordándoles, en particular, el estudio profundo, práctico y seguro de la lengua latina, lengua «que interesa no sólo a la religión, sino también a la civilización y a la cultura»: «*Primum est —dice— de linguae latinae studio... omni cura fovendo atque provehendo, quam linguam scientia et usu habere perceptam non tam humanitatis et litterarum, quam religionis interest*».

Continúa diciéndoles que este idioma, mientras por disposición de la divina Providencia sirve admirablemente a la Iglesia en su Magisterio, es también «*christifidelibus doctioribus ex omni gente magnum... vinculum unitatis*». Con razón llama al latín «*loquendi genus pressum, locuples, numerosum, majestatisque plenum, et dignitatis, quod mire dixeris comparatum ad serviendum Romani Pontificatus gloriae, ad quem ipsa Imperii sedes tamquam hereditate pervenerit*».

De ahí que exhorte a todos a estudiarlo en su plenitud, no sólo a los aspirantes al sacerdocio —que de otro modo tampoco podrían comprender con exactitud la disciplina eclesiástica y la verdad de la fe que halla en este lenguaje su más exacta expresión en los Padres y Doctores de la Iglesia— mas también a todos los católicos cultos, para los que el latín es, en todas

⁷ Cf. *Acta Ap. Sedis*, 1922 p. 499 s.

partes, la lengua viva de la gran sociedad espiritual de la que forman parte.

Cumpliendo —y no sólo en los Seminarios— estas luminosas enseñanzas, se podrán lograr dos cosas que están en el deseo de muchos, esto es: ofrecer a las relaciones de los sabios una lengua común; y llegar a prestigiar de nuevo una de las más fúlgidas glorias de Roma.

Mons. ANTONIO BACCI

*Scio. de la Santa Sede para
los "Breves a los Príncipes".*